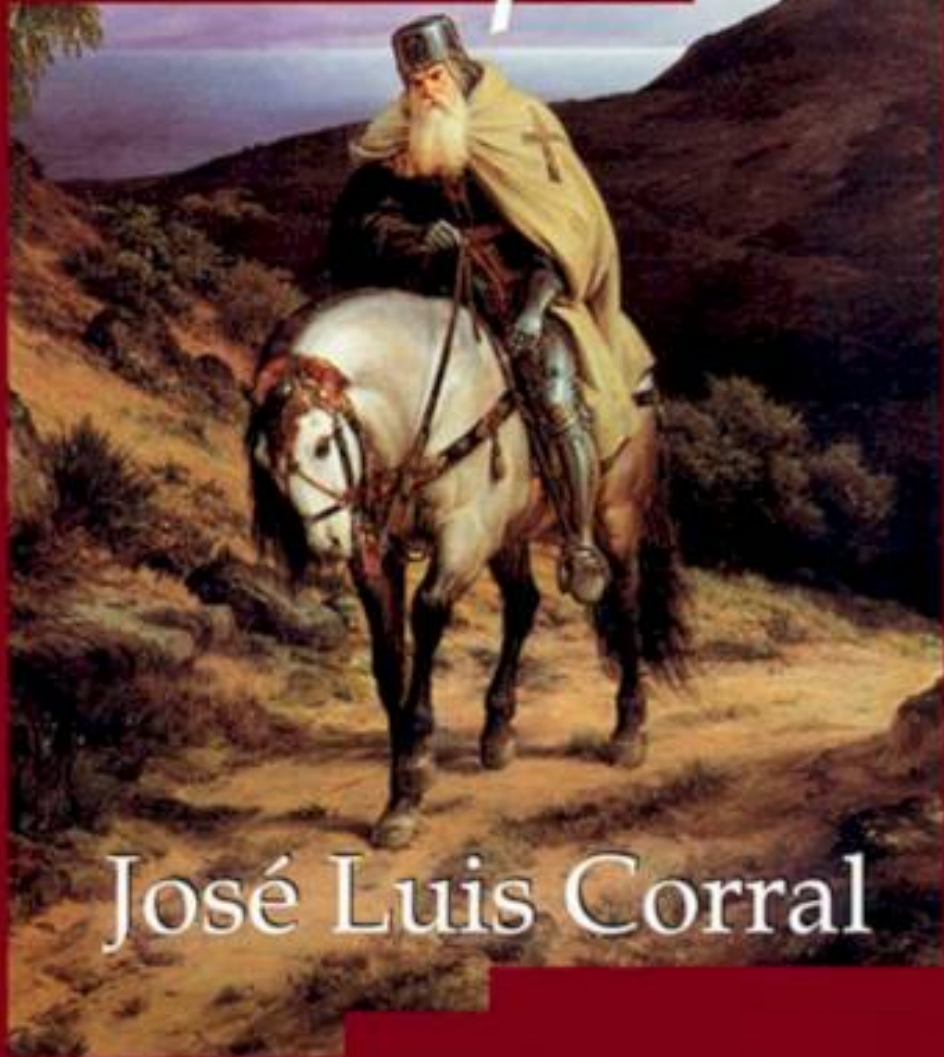


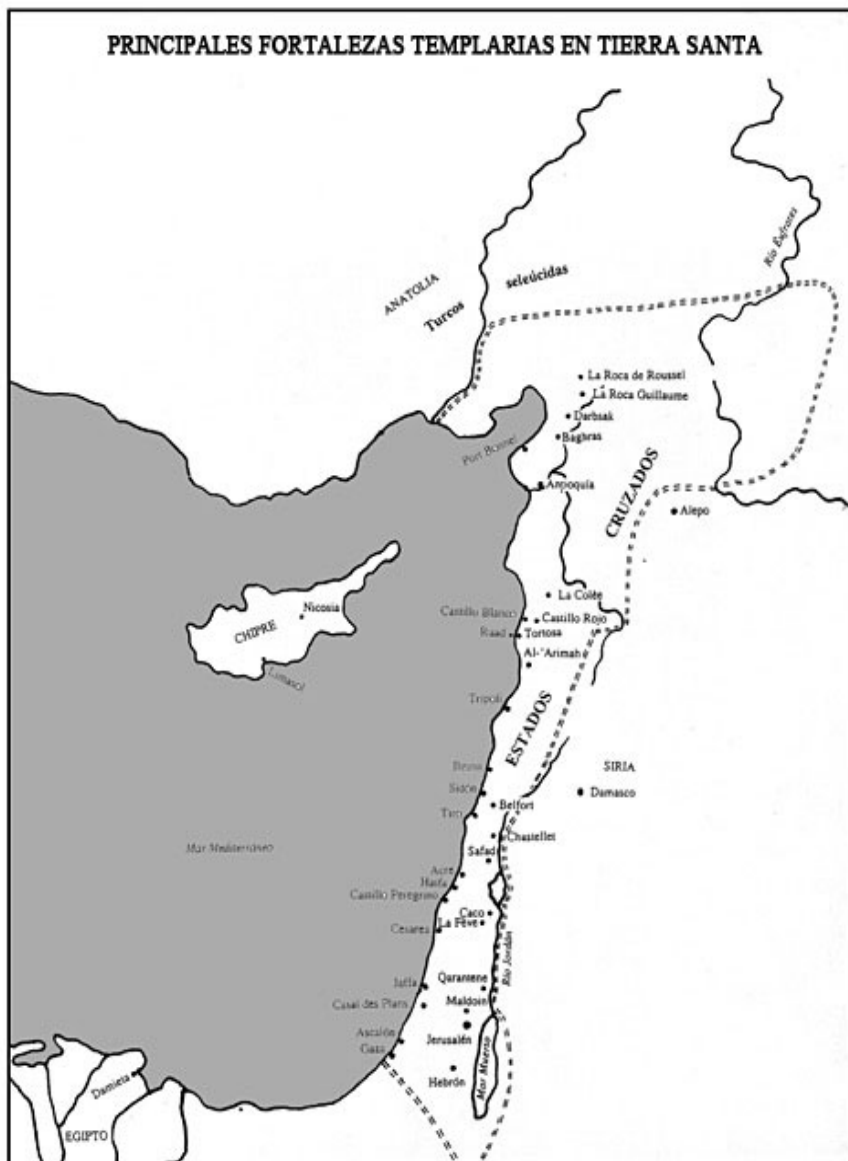
Breve historia de la Orden del Temple



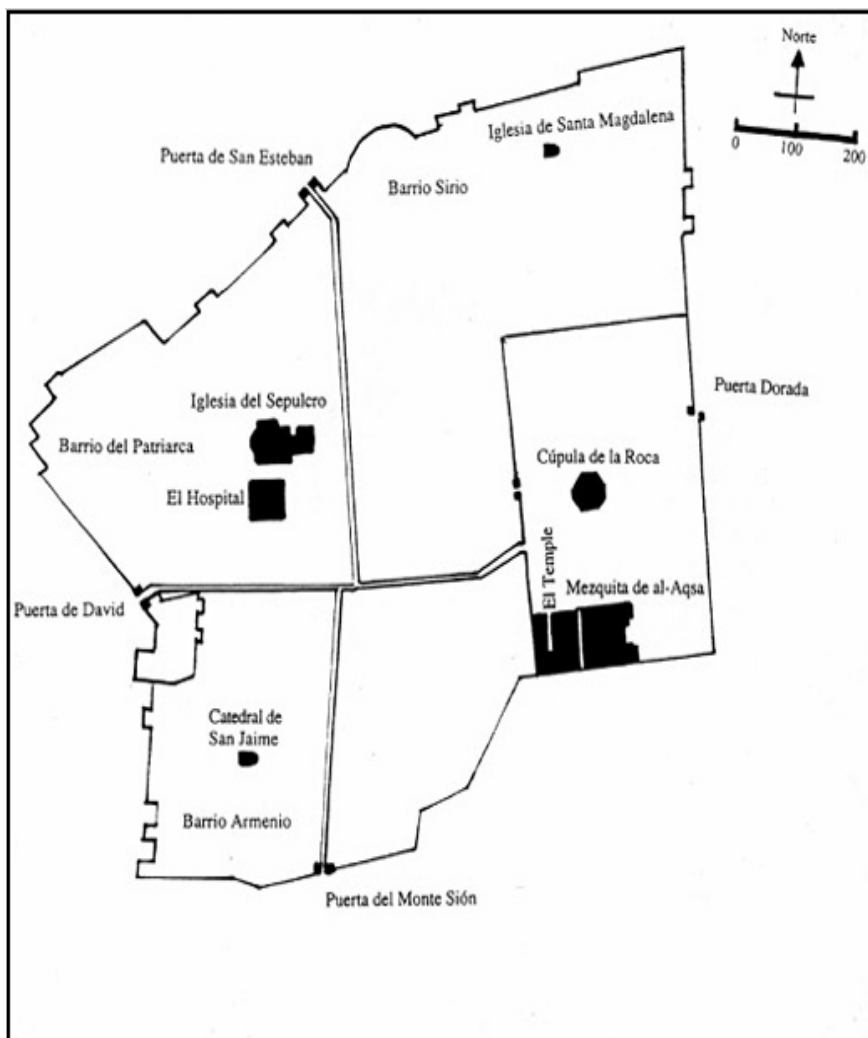
José Luis Corral

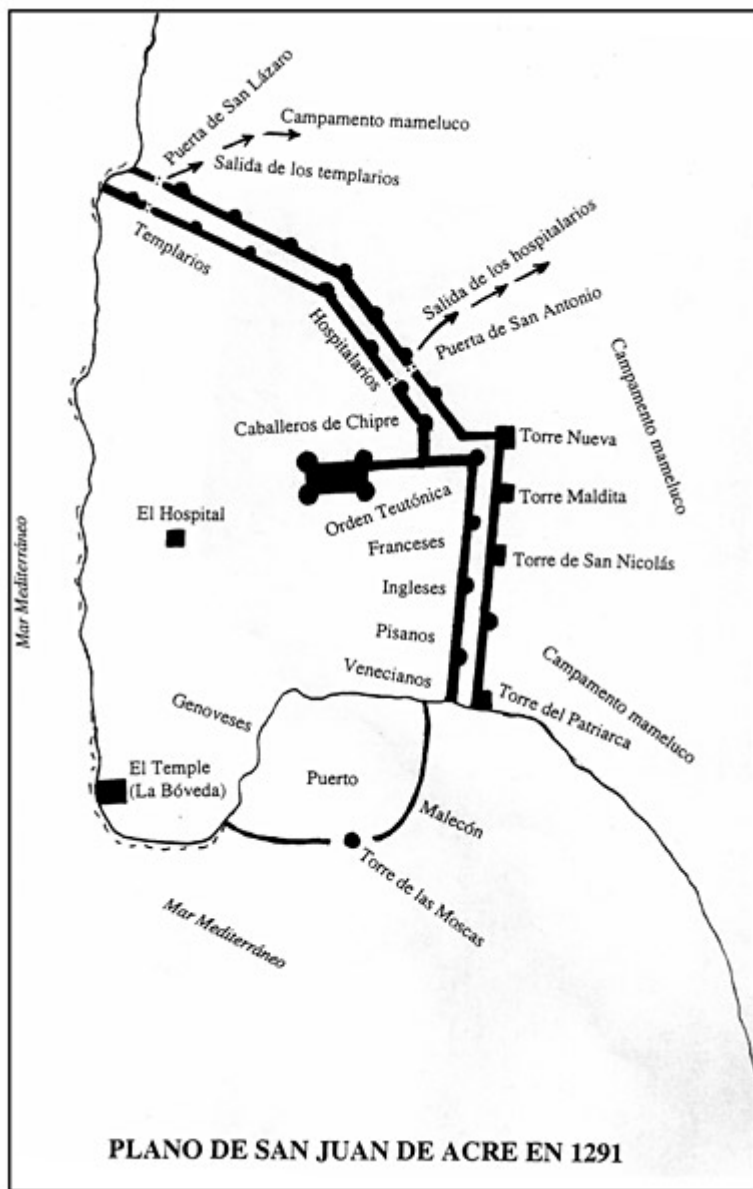
Estrechamente relacionado con la novela *El caballero del templo*, este ensayo pone en claro muchos de los mitos que se han ido transmitiendo a lo largo de los siglos acerca de la Orden del Temple.

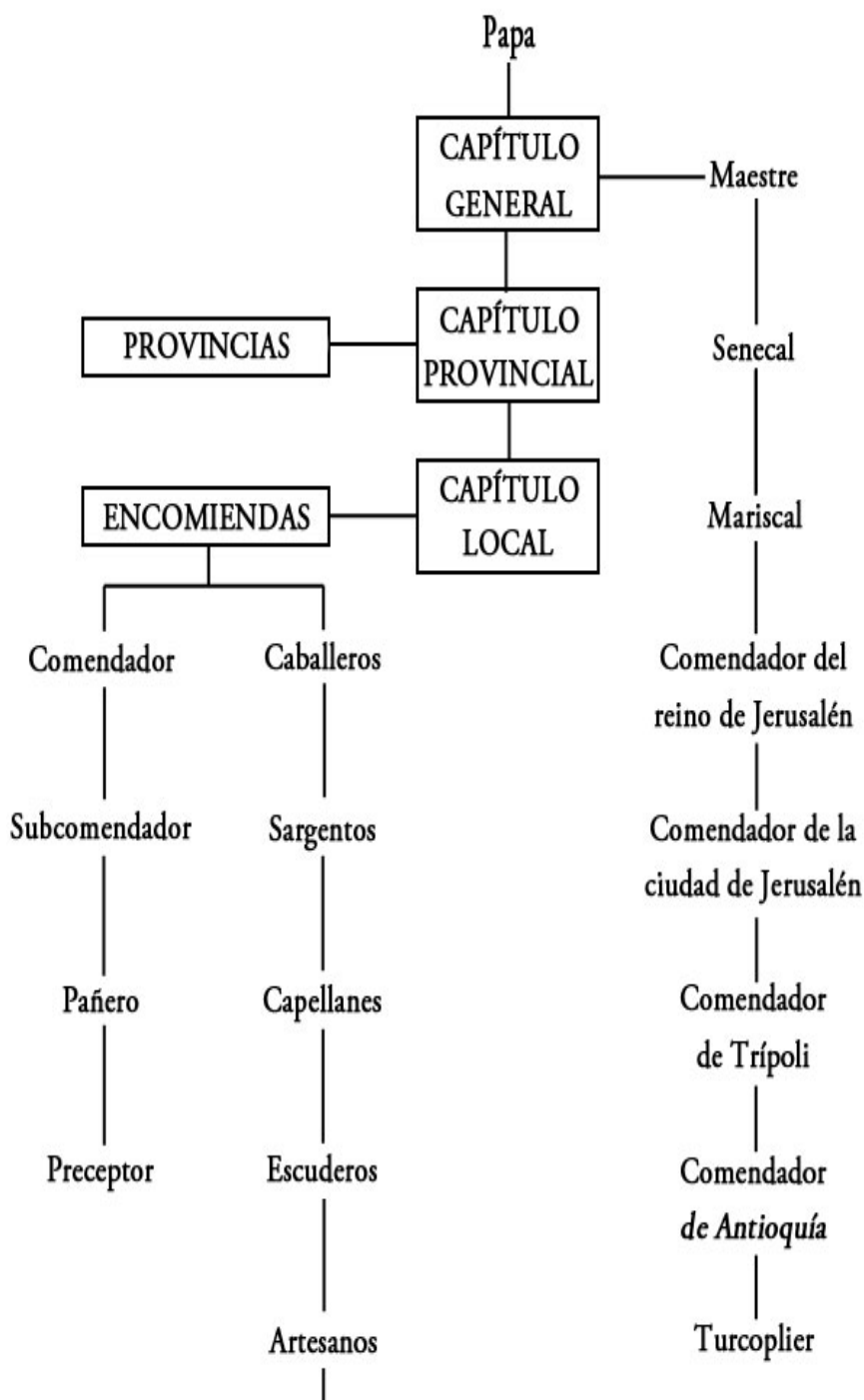
Esta obra nos descubre las interioridades de la mítica orden, explicándonos todo tipo de detalles curiosos: la jornada de un templario en tiempos de paz, las normas por las que se regía la orden, las circunstancias en que se implicó en las Cruzadas, la estructura jerárquica, el modo en que se financiaba, sus conflictos con la aristocracia y la realeza europea... Un completo y documentador ensayo en el que se rehuye de los ritos, mitos y leyendas que a lo largo de los siglos se han ido forjando en torno a una de las instituciones más fascinantes, enigmáticas y controvertidas de la historia.











|
Criados

Cargos

Categorías

Tierra Santa

Horario cotidiano en la vida de un templario

22 h a 02 h: Dormir

02 h: MAITINES. Primer oficio religioso en la capilla. Revisión de caballos y equipo

03 h a 07 h: Dormir

07 h: PRIMA. Segundo oficio religioso y misa en la capilla. Revisión de caballos y equipo

08 h: Asueto

09 h: TERCIA. Tercer oficio religioso en la capilla

10 h a 12 h: Asueto

12 h: SEXTA. Cuarto oficio religioso en la capilla

13 h: Comida en el refectorio

14 h: Oración de acción de gracias en la capilla

15 h a 17 h: Asueto

17 h: NONA. Quinto oficio religioso en la capilla

18 h: Asueto

19 h: VÍSPERAS. Sexto oficio religioso en la capilla

20 h: Cena en el refectorio

21 h: COMPLETAS. Séptimo oficio religioso en la capilla. Revisión de caballos y equipo

Capítulo 1

Introducción

La sola mención de la Orden del Temple suele despertar sentimientos contrapuestos: para unos se trató de un grupo de caballeros orgullosos y ávidos de poder, ansiosos de riquezas y de gloria mundana, que se comportaron con una soberbia y una altanería impropia de cristianos; para otros fueron creyentes modélicos que dejaron de lado todo para dedicar su vida al servicio y defensa de la cristiandad. Y no faltan quienes los consideran una secta de personas iniciadas en cultos esotéricos, practicantes de ritos cabalísticos y mágicos, guardianes de reliquias y poseedores de grandes secretos y tesoros ocultos.

A nadie dejaron indiferente; ya desde el mismo siglo XII los templarios contaron con defensores y detractores: el cronista Guillermo de Tiro, que nació en Jerusalén hacia 1130, vivió en Francia e Italia y llegó a ser canónigo en San Juan de Acre y archidiácono de Tiro, muestra en su crónica, escrita hacia 1170, muy poca simpatía hacia los caballeros del Temple, y aprovecha cualquier circunstancia para atacar su forma de comportarse; el cronista inglés Mathieu París lanzó duras acusaciones contra ellos. Por el contrario, Jacques de Vitry, nacido hacia 1165 y fallecido en 1240, se mostró en su crónica de manera muy favorable a los templarios; y Bernardo de Claraval, uno de los santos más influyentes del Medievo, los elogió de manera superlativa en una obra escrita hacia 1130.

Pero sin duda, lo que ha hecho del Temple la orden religiosa más atractiva de la cristiandad y sobre la que más se ha debatido es la manera en que desapareció. Desde que se decretó su supresión, a principios del siglo XIV, no han cesado de producirse especulaciones, algunas absolutamente fantasiosas, sobre las actividades de los templarios, su modo de vida, sus relaciones con otras sectas, sus pactos y convenios con los musulmanes o su pretendido secretismo.

Durante siglos se ha debatido sobre su inocencia o su culpabilidad, y ambas posturas han sido defendidas por notables intelectuales. Los cronistas medievales, mayoritariamente clérigos, han sostenido que la gente de la época sentía desprecio por el Temple, basándose en el rechazo que provocaba el rumor extendido y argumentado por individuos muy poderosos de que a los templarios sólo les guiaba la ambición de poder y la avaricia de dinero.

Dante Alighieri, que incluso ha sido adscrito al Temple por algunos estudiosos, colocó en *La Divina Comedia en el Purgatorio* (Purgatorio, Canto XX) a la dinastía de los Capetos, reinante en Francia entre fines del siglo X y principios del XIV, a cuyos monarcas recrimina su avaricia; y amonesta en el día del Juicio Final al rey Felipe IV el Hermoso, al que acusa de hacer daño «junto al Sena, falsificando la moneda, el que morirá herido por un jabalí» (Purgatorio, Canto XIX). El poeta florentino no dudó en ubicar en el mismísimo infierno al papa Clemente V, el pontífice signatario de la supresión de la Orden del Temple, junto a los simoníacos (Infierno, Canto XXX).

Voltaire escribió poco después de 1741 un breve texto titulado «El suplicio de los templarios», que incluyó en su obra *Ensayo sobre las costumbres*, donde se muestra partidario de los templarios, a los que exime de culpa y considera inocentes.

En su contra, el gran escritor escocés Walter Scott, en su legendaria novela *Ivanhoe*, atribuye a un caballero templario, al que llama Brian de Bois-Guilbert, todos los vicios que los detractores les asignaban, es decir, el orgullo, la arrogancia, la voluptuosidad y la crueldad.

Los estudios más actuales suelen mostrarse más amables con la actitud de los templarios; en la historiografía más reciente se presentan como una instancia rebelde y no sometida al poder eclesiástico de los obispos, con un balance final favorable y considerándolos inocentes de cuanto se les acusó en el proceso que se incoó contra ellos a comienzos del siglo XIV. En la inmensa mayoría de los juicios de valor a que son sometidos por la historiografía contemporánea, suelen salir indemnes y con el marchamo de inocencia.

Creada para la defensa de los peregrinos, la Orden del Temple constituyó la principal línea de defensa de la cristiandad en Tierra Santa. Su historia corre paralela a la historia de las Cruzadas y el tiempo en el que se desarrolló desde su fundación hasta su desaparición (1119-1312) coincide de manera mimética con la presencia de los cruzados en los Santos Lugares (1097-1291).

El Temple es, indiscutiblemente, el más ajustado paradigma de ese tiempo en el que las Cruzadas marcaron las discrepancias entre musulmanes y cristianos, sin duda la causa principal del rechazo mutuo que se extendería durante siglos y aún hoy continúa.

A comienzos del siglo XXI la historia de los templarios sigue ofreciendo un extraordinario atractivo, aumentado si cabe por el recrudescimiento, tanto verbal como práctico, de la tensión entre el mundo occidental y el mundo islámico, que radicales cruentos y visionarios insensatos de ambos lados abogan por mantener vivo, y si es posible incrementado, para que no se disipe el «enfrentamiento entre civilizaciones».

Son los mismos que añoran el «espíritu cruzado» y el «sentimiento *yihadista*», los que desde un bando, el occidentalista, no denuncian la injusta situación en Palestina, el terrorismo de Estado que practican algunas autoridades israelíes o la salvaje explotación de los recursos de los países árabes por ciertas multinacionales, y los que, desde el otro, el islamista, no arremeten contra el sangriento terrorismo que pretende justificarse por el islam, ni luchan por acabar con los gobiernos corruptos, dictatoriales y criminales de muchos países musulmanes.

Estas dos posturas, enfrentadas pero con postulados fundamentalistas similares, son en buena medida la consecuencia de siglos de desconocimiento, intransigencia y rechazo mutuo entre Occidente y el islam, fiel reflejo de una situación que con otros parámetros históricos ya se dio en el tiempo de las Cruzadas, y que parecen heredadas de esa época.

Hace tiempo que el Temple es historia, pero una idea similar a la que motivó su creación no deja de aparecer una y otra vez sobre la conciencia del mundo. Y es probable que no desaparezca por completo mientras siga existiendo la causa que la originó: la obsesión de algunos seres humanos por imponer sus creencias religiosas y sus ideales políticos y sociales a la fuerza.

Existen muchas «historias del Temple», pero ésta analiza esa orden militar a partir de la comprensión de la situación del presente; entendiendo que la historia es cosa más de hoy que de ayer, y sobre todo de mañana.

La sola mención de la Orden del Temple suele despertar sentimientos contrapuestos: para unos se trató de un grupo de caballeros orgullosos y ávidos de poder, ansiosos de riquezas y de gloria mundana, que se comportaron con una soberbia y una altanería impropia de cristianos; para otros fueron creyentes modélicos que dejaron de lado todo para dedicar su vida al servicio y defensa de la cristiandad. Y no faltan quienes los consideran una secta de personas iniciadas en cultos esotéricos, practicantes de ritos cabalísticos y mágicos, guardianes de reliquias y poseedores de grandes secretos y tesoros ocultos.

A nadie dejaron indiferente; ya desde el mismo siglo XII los templarios contaron con defensores y detractores: el cronista Guillermo de Tiro, que nació en Jerusalén hacia 1130, vivió en Francia e Italia y llegó a ser canónigo en San Juan de Acre y archidiácono de Tiro, muestra en su crónica, escrita hacia 1170, muy poca simpatía hacia los caballeros del Temple, y aprovecha cualquier circunstancia para atacar su forma de comportarse; el cronista inglés Mathieu París lanzó duras acusaciones contra ellos. Por el contrario, Jacques de Vitry, nacido hacia 1165 y fallecido en 1240, se mostró en su crónica de manera muy favorable a los templarios; y Bernardo de Claraval, uno de los santos más influyentes del Medievo, los elogió de manera superlativa en una obra escrita hacia 1130.

Pero sin duda, lo que ha hecho del Temple la orden religiosa más atractiva de la cristiandad y sobre la que más se ha debatido es la manera en que desapareció. Desde que

se decretó su supresión, a principios del siglo XIV, no han cesado de producirse especulaciones, algunas absolutamente fantásticas, sobre las actividades de los templarios, su modo de vida, sus relaciones con otras sectas, sus pactos y convenios con los musulmanes o su pretendido secretismo.

Durante siglos se ha debatido sobre su inocencia o su culpabilidad, y ambas posturas han sido defendidas por notables intelectuales. Los cronistas medievales, mayoritariamente clérigos, han sostenido que la gente de la época sentía desprecio por el Temple, basándose en el rechazo que provocaba el rumor extendido y argumentado por individuos muy poderosos de que a los templarios sólo les guiaba la ambición de poder y la avaricia de dinero.

Dante Alighieri, que incluso ha sido adscrito al Temple por algunos estudiosos, colocó en *La Divina Comedia en el Purgatorio* (Purgatorio, Canto XX) a la dinastía de los Capetos, reinante en Francia entre fines del siglo X y principios del XIV, a cuyos monarcas recrimina su avaricia; y amonesta en el día del Juicio Final al rey Felipe IV el Hermoso, al que acusa de hacer daño «junto al Sena, falsificando la moneda, el que morirá herido por un jabalí» (Purgatorio, Canto XIX). El poeta florentino no dudó en ubicar en el mismísimo infierno al papa Clemente V, el pontífice signatario de la supresión de la Orden del Temple, junto a los simoníacos (Infierno, Canto XXX).

Voltaire escribió poco después de 1741 un breve texto titulado «El suplicio de los templarios», que incluyó en su obra *Ensayo sobre las costumbres*, donde se muestra partidario de los templarios, a los que exime de culpa y considera inocentes.

En su contra, el gran escritor escocés Walter Scott, en su legendaria novela *Ivanhoe*, atribuye a un caballero templario, al que llama Brian de Bois-Guilbert, todos los vicios que